



Rafael Correa: El liderazgo carismático frente a las crisis políticas

Luis Meléndez Guerrero

Antropólogo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. El artículo se presentó como trabajo final del curso Cultura Política, dictado por Felipe Burbano, como parte de la Maestría en Ciencias Políticas en la FLACSO-Ecuador (agosto-octubre, 2013).

Palabras clave: *Liderazgo carismático, crisis, discurso, Correa, 30-S*



El artículo, en base a un análisis del discurso, propone dar cuenta de las principales características del perfil carismático de Rafael Correa, actual presidente del Ecuador. A partir de los dispositivos retóricos emprendidos por su persona, se trata de explicar la modalidad discursiva mediante el cual el liderazgo correísta afronta, aprovecha y adquiere forma, sobre todo en coyunturas de crisis, como el motín policial del 30 de setiembre del 2010, más conocido como 30-S. De esta manera, se pone especial énfasis en la construcción narrativa de los ‘culpables’ y de los atributos asignados al líder y a su gobierno.

Rafael Correa es una de los presidentes más populares de Latinoamérica. En julio del 2013 alcanzó una popularidad del 84%, cifra impensable para presidentes de países como Perú. Sin dudas, el liderazgo carismático que se erige sobre su figura es una de las variables que explican este resultado, por lo que analizar sus patrones y rasgos definitorios es un ejercicio más que pertinente. Este es el propósito del presente artículo, que en base a un análisis de los dispositivos discursivos emitidos por Correa, trata de descifrar los componentes retóricos sobre los que se sostiene y compone su liderazgo carismático. Se enfatiza, así, la construcción narrativa de los ‘enemigos’ en oposición a quienes se estructuran las virtudes y valores inherentes a la figura del líder. Y cómo estos elementos discursivos son subrayados y amoldados en las coyunturas de crisis,

como el que Correa enfrentó en el motín policial del 30 de setiembre del 2010, más conocido como 30-S.

Para este cometido, se ha dividido el trabajo en cuatro secciones. En la primera, en base a la definición de *carisma situacional*, se describe la crisis del sistema político ecuatoriano que da pie a la emergencia de Correa y que condiciona sus rasgos carismáticos. En la segunda sección, se proporciona una caracterización general de los componentes discursivos que dan cimiento a la autoridad carismática de Correa. Y, en el capítulo siguiente, cómo estos dispositivos son aprovechados en un escenario crítico como el 30-S, que se presenta como una oportunidad para reafirmar y consolidar las cualidades del líder carismático y remarcar las distancias con la oposición política. Se concluye con algunas reflexiones generales.

Carisma situacional y crisis del sistema político ecuatoriano

Para Max Weber existen tres tipos de dominación: tradicional, legal y carismática. El primer tipo de dominación descansa en la *costumbre*, es decir, en la creencia de la validez de prácticas que se remiten a un tiempo remoto y lejano; mientras que el segundo, se sustenta en la *legalidad* de las ordenaciones instituidas en una sociedad. El tercer tipo de dominación, por su parte, es el que está basado en el *carisma* o en la ejemplaridad de una persona (Weber, 2002).

Los tres tipos de dominación son *tipos ideales* en el sentido estricto del término; es decir, “raramente se encuentran en la realidad”, en estado puro (Weber, 2007: 90). Más bien se hayan mezclados o superpuestos, como lo demuestra De La Torre (haciendo alusión a Correa), al señalar que el *carisma* –“que apela a los sentimientos y a las pasiones”– también puede darse junto con la *tecnocracia* –que “implica el uso racional-instrumental de la ciencia y la tecnología” (2013: 26). Sin negar la posibilidad de que en un mismo sujeto político se solapen diferentes formas de dominación legítima, en esta ocasión *solo* queremos subrayar la *dimensión carismática* del liderazgo de Rafael Correa, presidente del Ecuador desde el 2007.

El liderazgo carismático “es por su misma naturaleza específicamente inestable”, por lo que permanentemente se “debe ‘probar’ su misión divina por el hecho de que a las personas que a él se consagran y en él creen *les va bien*” (Weber, 2002: 850). Los líderes carismáticos aparecen en

contextos de crisis: son “resultado de situaciones singularmente extremadas” (Weber, 2002: 856) en donde “la urgencia diagnóstica” permite “crear una imagen de poder alternativo” (Dorna, 2003: 80). Sin embargo, el carisma también se desvanece o transforma cuando las condiciones de las crisis cambian o “cuando el propio ejercicio de liderazgo modifica sus motivaciones originales” (Mayorga, 2012: 238). He ahí su inestabilidad. Es por este dinamismo que se debe concebir al *carisma* no sólo como un atributo intrínseco al líder, sino también como dependiente de una situación que “predispone a una colectividad a percibir cualidades especiales en –y a seguir fervorosamente a– una persona” (Mayorga, 2012: 238). Es decir, debemos hablar del carisma como *proceso*; o en otros términos, del *carisma situacional* (Mayorga, 2012).

Es así que para entender las especificidades del perfil carismático de Correa, como es el caso de su efusivo anti-partidismo, es necesario remitirnos al contexto histórico en el que este discurso adquiere forma y sentido. La aparición política de Rafael Correa ocurrió en un periodo de crisis del sistema político ecuatoriano, en donde primaba una desconfianza hacia las instituciones estatales y hacia los partidos políticos. Para Paz y Cepeda (2012), a partir del retorno a la democracia (1979) hasta el triunfo de Correa (2006), los sucesivos gobiernos aplicaron políticas de apertura al libre mercado que restaron presencia y poder estatal: se redujo la inversión social, los servicios públi-

“Se debe concebir al carisma no sólo como un atributo intrínseco al líder, sino también como dependiente de una situación que “predispone a una colectividad a percibir cualidades especiales en –y a seguir fervorosamente a– una persona”

(Mayorga, 2012: 238).



cos colapsaron, y se expandió la burocratización y la corrupción en el Estado. La élite política (y económica) del país fue percibida como la principal responsable de las fallas de estas reformas de ajuste, haciéndose expansiva una “hipersensibilidad social frente a la instrumentalización y manipulación de la política operada por los partidos, y en general, por la misma función de la representación” (Echeverría, 2010: 84).

Este ánimo anti-político, entendido “como interpelación y negación de representación” (Echeverría, 2010: 85), facilitó el posicionamiento de nuevos actores en la escena política nacional. En la década de 1990, en medio de los avatares del movimiento obrero, los indígenas – articulados en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, CONAIE– tomaron la batuta de las movilizaciones de protesta, las mismas que contribuyeron a la salida de Bucaram (1997) y Mahuad (2000) del poder. Y en abril del 2005, en medio del reflujó del movimiento indígena, las manifestaciones ciudadanas –esta vez de un carácter más heterogéneo y con una orientación política menos estructurada– impulsaron el derrocamiento de Gutiérrez bajo el grito callejero de “¡Que se vayan todos!” (Ramírez, 2010).

Como argumenta Simón Pachano, “Rafael Correa, hábilmente, ha exacerbado esta situación por medio de su discurso intenso y renovador” que vincula a los políticos tradicionales con “la indolencia del neoliberalismo (modelo político y económico que, a los ojos del oficialismo, trajo inequidad y pobreza)” (2012: 177). La postura anti-política que ha demostrado Correa en las sucesivas campañas presidenciales, como al preferir el membrete de ‘movimiento’ para su organización política y no presentar candidatos al Congreso en las elecciones del 2006; y las decisiones que ha tomado ya en el gobierno, como la convocatoria a una Asamblea Constituyente para la ‘refunda-

Solo en este contexto de desafección y crisis de la representación política ecuatoriana, es que se puede –y debe– entender la atracción y los componentes del perfil carismático de Correa



ción' de la patria (Tibocha & Jaramillo, 2008), son síntomas de lo referido por Pachano. Incluso, la historia personal de Correa, por sí misma, encarnaría esta actitud contra la partidocracia. Salvo su breve participación en el gobierno de Palacios, no tenía un pasado político: era un *outsider*.

Solo en este contexto de desafección y crisis de la representación política ecuatoriana, es que se puede –y debe– entender la atracción y los componentes del perfil carismático de Correa; y en específico, la legitimidad de su discurso en contra del *establishment* político nacional.

El liderazgo carismático de Rafael Correa

En los discursos y spots publicitarios de Correa se evidencia la construcción de un personaje carismático sobre su persona, en tanto resaltan su “entrega enteramente personal”, “la idea de vocación”, su capacidad de ser “el guía de los hombres”, entre otras cualidades propias del líder carismático (Weber, 2007: 90). Esto, por ejemplo, se evidencia en el documental biográfico difundido en la campaña correísta del 2006, en el que figuras cercanas a la ‘vida íntima’ de Correa, señalan algunas de las que serían sus ‘virtudes’ más resaltantes:

- Desde niño “se rebelaba contra la injusticia. Él no podía ver la injusticia, en ningún momento, en clases, en los profesores. Si veía que no era justo lo que habían hecho, cogía y se lo decía al profesor” (madre de Correa).
- “Lo más hermoso que tiene Rafael es un sentimiento y corazón de cambio, y especialmente para los más necesitados” (profesor de colegio).
- “El siempre a los más chicos los defendía, porque a él no le gustaba que le peguen a los más chicos... él los iba a defender” (vecino).
- “Él toda la vida ha tenido un carácter así. Toda una vida ha sido humanitario con las personas que más necesitan” (empleada de la familia). (Movimiento Alianza País, 2006).

Estos dispositivos discursivos proyectan en Correa una fortaleza moral y una vocación de servicio hacia los demás, que se manifestarían desde sus primeros años de infancia y juventud. En el documental anterior, la madre de Correa menciona que éste alguna vez le dijo: “mamá yo le prometo que yo voy a ser lo máximo en Economía, voy a llegar a tener mi doctorado, y después vas a ver que hasta presidente de la República voy a ser”. Este *don* y *misión* de liderazgo es un nodo articulador en la biografía oficial de Ra-

fael Correa, en la cual se destaca su labor como dirigente nacional de los Boy Scouts, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Guayaquil, Presidente de la Federación de Estudiantes de las Universidades Particulares del Ecuador, entre otros estandartes. Además de su labor social que de joven realizó en zonas marginales de Guayaquil y en las comunidades indígenas de Zumbahua, en donde años más tarde –en un acto simbólico– sería investido como presidente del Ecuador, “demostrando la importancia de su pasado como voluntario en su conciencia política” (Tibocha & Jaramillo, 2008: 23-24). Como señala De La Torre, “al igual que otros líderes carismáticos, Correa se sintió llamado por una misión” (2013: 30).

El énfasis de sus críticas siempre apunta a la partidocracia nacional, lo que refleja sus sentimientos anti-partidistas y sus intenciones de refundar la sociedad ecuatoriana en oposición y en confrontación con este sector.

En el sentido weberiano del término, esta imagen construida en torno a la figura de Correa encarna una dimensión de la *política como vocación*: el vivir para la política. Para Max Weber, “[...] quien vive ‘para’ la política, hace ‘de ello su vida’ en su sentido *íntimo*: o goza de la desnuda posesión del poder que ejerce, o alimenta su equilibrio interior y su autoestima con la conciencia de darle un *sentido* a su vida mediante el servicio a una ‘causa’”. A diferencia de quien vive de la política, en tanto éste “aspira a hacer de ello una fuente de ingresos permanente” (Weber, 2007: 97).

Así, en los discursos de Correa subyace una ‘nueva’ forma de hacer *política*, que estaría en oposición con la forma ‘tradicional’ de cómo se la habría venido ejerciendo. Rafael Correa se proyecta como un líder sin ambiciones personales y enteramente entregado a la causa: “Este siempre fue mi sueño, trabajar por mi país, uno de los más injustos del mundo [...] Insisto, ese siempre fue mi sueño, no una ambición. Pueden estar seguro que mi deseo es tan solo servir” (Correa, 2010a). Y como toda causa, este esfuerzo también supone enormes sacrificios, incluso familiares: Correa “al asumir por segunda vez la presidencia pidió disculpas a su mujer y a sus hijos por no estar suficiente tiempo junto a ellos” (De La Torre, 2013: 29). Esta narrativa coincide con su forma explícita de definir la política; es decir, la política como la búsqueda del “bien público” (Correa, 2010a). Como afirma Weber, “el carisma rechaza como indigna toda ganancia racional sistemática y, en general, toda economía racional” (Weber, 2002: 849).

Los dispositivos discursivos de Rafael Correa también permiten construir la imagen de que su li-

derazgo afronta dificultades *inmensas*, lo que convertiría en más elogiables sus esfuerzos por superarlos. Respecto a los avances de su gestión, Correa dirá que en “estos difíciles pero esperanzadores momentos”, “el camino recorrido es inmenso” y que “lo que hemos hecho es imposible”, “es una lucha gigantesca” (Correa, 2007; 2009). Y por si fuera poco, procede a establecer una analogía y continuidad histórica entre sus intentos por *refundar* la Patria con los esfuerzos de Bolívar, Eugenio Espejo y Eloy Alfaro (hitos en la historia ecuatoriana). Así como a estos “héroes de la Patria” les tocó “enfrentar una larga y terrible noche” colonial y post colonial, Correa construye su heroicidad en torno a la superación de la “larga y triste noche neoliberal” (Correa, 2010a). Superada esta resaca neoliberal, vendría la definitiva “recuperación de la Patria”, la “segunda independencia”, un “cambio de época”, un “nuevo tiempo” (Correa, 2009). Correa –como afirma Alexander Dorna para los liderazgos carismáticos– se proyecta como “un hombre que quiere realmente cambiar la vida y la sociedad”, “que encarna un proyecto de cambio” (Dorna, 2003: 77). Son por estas cualidades morales, sacrificios e intenciones por quebrar con lo que sería un aciago pasado, que al líder carismático “en ningún caso se lo percibe como alguien ordinario”, sino más bien como una “figura excepcional” por la “inmensidad de sus hazañas” (Dorna, 2003: 78)

Además, así como “un líder carismático es socialmente construido como el símbolo de la redención”, “sus enemigos encarnan todos los males de la nación” (De La Torre, 2013: 26-27). Para Correa, quien siempre se presenta como el guardián de los intereses de la Patria, los enemigos –no solo de su gobierno, sino también de la

Patria misma- serían principalmente: los políticos tradicionales, esa “ola de grillos” y “vende Patria”; la prensa “mediocre y corrupta”; los “banqueros corruptos”; y aquella burocracia internacional y “países ricos” que viven “a costa del sacrificio de nuestros trabajadores” (Correa, 2009). Sin embargo, el énfasis de sus críticas siempre apunta a la partidocracia nacional, lo que refleja sus sentimientos anti-partidistas y sus intenciones de refundar la sociedad ecuatoriana en oposición y en confrontación con este sector. Es debido a la existencia de estas fuerzas opositoras que el acto de gobernar se convierte para Correa en sinónimo de *lucha*, cuyo objetivo final sería “el buen vivir, el sumak kausay, el desarrollo equitativo, el bienestar común, la libertad basada en justicia” (Correa, 2009). En una frase: la Revolución Ciudadana.

Pero como también dijimos, el liderazgo carismático es inestable: tiene que legitimarse *día a día*, en una campaña política permanente (y no solo cada cuatro años). Esta situación es todo un reto para un personaje carismático como Correa, quien a lo largo de su gobierno ha enfrentado coyunturas críticas que retan a su capacidad carismática, pero que también tienen la potencia de poder *alimentar y actualizar* – dependiendo de las maniobras del líder- la vigencia de su carisma y autoridad. El conflicto del 30 de setiembre del 2010, más conocido como 30-S, es un escenario privilegiado para analizar esta ambivalente situación.





Repertorios discursivos y liderazgo carismático en el 30-S

En horas de la mañana del 30 de setiembre de 2010, policías del Regimiento Quito N° 1 iniciaron una sublevación en las instalaciones del cuartel, negándose a prestar sus habituales servicios de seguridad. El motivo fue la aprobación de la Ley Orgánica de Servicio Público que “buscaba homogenizar las reglas de juego de la burocracia civil y militar” (Ortiz, 2011: 27), pero que según los sublevados afectaba “su derecho laboral a bonos navideños, a promociones automáticas por años de servicio y a medallas que van junto a incrementos salariales” (De La Torre, 2013: 37). Correa se negó a cualquier concesión, y acudió al regimiento para solucionar personalmente, pero sin mayor éxito, el problema policial. Luego de algunos altercados con los policías, el presidente Correa se halló ‘secuestrado’ en el Hospital de la Policía, por lo que un equipo de élite del Ejército, en horas de la noche, tuvo que acudir a su rescate, produciéndose la muerte de cinco personas debido a la reyerta con los insurrectos.

Momento más tarde, en horas de la noche, luego del rescate, Correa pronunció un efusivo discurso desde el Palacio de Carondelet, en donde señaló a los supuestos culpables del motín policial: “¡Ese fue Lucio! Ahí estaba la gente de Lucio Gutiérrez, infiltrados, azuzando e incitando a la violencia” (Correa, 2010b). En esta narrativa del

conflicto, los policías sublevados aparecían como personas manipuladas, pues “todos se habían dejado llevar por la infamia, por los rumores, por la guerra psicológica que hacen los gutierristas, que hacen los vende patria, que hacen los conspiradores” (Correa, 2010b). No era para Correa un simple motín policial: era un intento de golpe de Estado.

Sin embargo, el discurso en torno al enemigo se fue complejizando con el transcurrir de los días. En una entrevista realizada a Telesur, Correa desplegó un discurso que va más allá del argumento totalizante de la manipulación. En esa oportunidad, señaló que los policías insubordinados, más que protestar por demandas salariales, se movilizaron para no perder sus fuentes de corrupción y el ejercicio de sus prácticas ilegales (Correa, 2010c). El enemigo no sólo era Gutiérrez, sino también todo lo que él representaba: “las peores caras de la sociedad ecuatoriana... de la política ecuatoriana” (Correa, 2010c). En este grupo se encontrarían la “extrema derecha”, “cierta oposición retrógrada”, la oligarquía, “los politiqueros de siempre”, etc.

De esta manera, los “politiqueros de siempre”, expresión del establishment político, se convierten, en el contexto particular del 30-S, en los principales enemigos del país. Empleando la metodología recomendada por Zepeda (2010), que

consiste en analizar los adverbios, verbos y adjetivos que se vinculan de manera particular con ciertos sustantivos, se puede reconocer que entre los atributos asignados a estos enemigos, se encuentra el hecho de que desinforman y manipulan. Pero también, no tienen valor: “Su brutalidad es inversamente proporcional a su valor” (Correa, 2011). Son una traba para la revolución: “Acá no hay oposición [...] hay obstruccionismo” (Correa, 2010c). Son corruptos. Y siempre son una minoría, “son unos cuantos”, pues será Correa quien encarnaría los intereses de las mayorías y de la Patria en su conjunto (Correa, 2010b).

Otro rasgo interesante es que los enemigos son construidos como los de siempre. Como se apuntó en el acápite anterior, Correa trata de generar una continuidad histórica y emocional entre sus acciones (la superación de la “larga y triste noche neoliberal”) y los actos heroicos de un Bolívar, Eloy Alfaro o Eugenio Espejo (quienes se enfrentaron contra la “larga y terrible noche” colonial o post colonial). Esta conexión histórica también se hace a través de los enemigos, ya que serían los mismos de antaño, los “que quieren que nada cambie” (Correa, 2012). Así, las luchas de Correa y de los ‘héroes de la Patria’ serían análogas, pues estarían orientadas contra las mismas fuerzas retrógradas. Como señaló Rafael Correa al cumplirse un año de la sublevación policial, “aquellas balas asesinas, cobardes,

Podemos reconocer, pues, que las cualidades del liderazgo correista son construidas en un contraste referencial sistemático con los rasgos atribuidos a los enemigos.

traidoras del 30 de setiembre, son las mismas que históricamente han asesinado en América Latina, son las mismas que asesinaron a Sucre, son las mismas que masacraron a nuestros próceres del 2 de agosto de 1810, son las mismas que asesinaron a Alfaro” (Correa, 2011).

Además, como argumenta Max Weber, así como “el portador del carisma abraza el cometido que le ha sido asignado”, también “exige obediencia y adhesión en virtud de su misión” (2002: 848). En el conflicto del 30-S, al no recibir correspondencia carismática por parte de los policías sublevados, Rafael Correa se erigió como un líder hondamente decepcionado de quienes no reconocerían en él su noble vocación de servicio: “Nadie ha apoyado tanto a la policía como este gobierno [...] créanme que en ese momento, cuando vi tanta agresividad, tanta ofensa, más que furioso e indignado, me sentí profundamente triste, como con una apuñalada en mi espalda” (Correa, 2010b).

Así, los hechos desplegados en el 30-S permiten traslucir la “entrega emotiva” en virtud del cual se sostiene “la fuente de la devoción personal” en torno a Rafael Correa (Weber, 2002: 711). Estas características tienen la facultad de proporcionar a su figura de líder “una fuerte carga emocional” y “pone en juego aspectos simbólicos e identitarios” (Mayorga, 2012: 238). Correa se presentó como el líder

que jamás renunciaría a sus principios, prefiriendo incluso la muerte antes que cualquier rendición: “Nosotros estuvimos preparados para morir [...] dispuestos a perder la vida antes que claudicar ante los de siempre” (Correa, 2012).

Podemos reconocer, pues, que las cualidades del liderazgo correista son construidas en un contraste referencial sistemático con los rasgos atribuidos a los enemigos. En los repertorios discursivos en torno al 30-S, se desprende la imagen de Correa como el representante de los intereses de las mayorías; a diferencia de los enemigos, quienes siempre son enfocados como una minoría y con intereses corporativos y sectarios. Además, así como las fuerzas opositoras son calificadas como manipuladoras y corruptas, la figura de Correa es construida en torno a virtudes como la honradez y la valentía: “Somos gente de manos limpias y ética profunda” (Correa, 2009). Pero no solo eso. A diferencia de los enemigos, que serían los que siempre han obstruido el avance de gobiernos progresistas, Rafael Correa emerge como un personaje -que como todo liderazgo carismático- embandera un proyecto de cambio y transformación.

A modo de conclusión: La crisis como amenaza y oportunidad

El liderazgo carismático es inestable, pues si bien aparece en –y gracias a– periodos de crisis, “el caudillo es abandonado con mucha frecuencia cuando no alcanza el resultado esperado” (Weber, 2002: 851). Las coyunturas críticas pueden poner en jaque esta aureola carismática del líder de turno. Efectivamente, el 30-S fue un momento de *crisis del carisma*, en donde sectores disconformes pusieron en duda el don de líder de Correa y su talante para llevar a cabo los cambios que requería el país: policías amotinados en el Regimiento Quito vociferaban la *incapacidad* del gobierno correista; incluso, algunos de ellos demandaban su salida del gobierno.

Sin embargo, el *performance* político desarrollado por Rafael Correa en el 30-S, del cual los repertorios discursivos empleados son sin duda una arista clave, le permitieron sobrellevar el conflicto en cuestión, así como actualizar y remarcar la línea separadora entre los ‘amigos’ y los ‘enemigos’, no de él ni de su gobierno, sino de la Patria y de todo lo positivo que ésta encarnaría. Por ello, podemos decir que los liderazgos carismáticos no solo emergen de las crisis de otros, sino que también pueden potencialmente alimentarse de las crisis que *ellos mismos* enfrentan y recrean.

El 30-S se convirtió en un emblema para el gobierno de la Revolución Ciudadana. Rafael Correa, como hemos visto, mantiene la costumbre de relacionar su gobierno con la gesta de emblemáticos personajes de la historia ecuatoriana y latinoamericana, recordando las batallas o luchas independentistas que aquellos

enfrentaron. Pero con el 30-S, Correa construyó su propia hazaña histórica, del cual él se erige como una fuente de heroicidad. Así como los actos de los héroes de la Patria merecen ser reiteradamente recordados, el 30-S, como toda gran gesta, se ha convertido en el mejor pretexto político para *recordar* –de manera constante, en sus aniversarios, cada año, en uno y otro evento público– la supuesta bajeza moral de los enemigos y las virtudes supremas que encarnaría su persona. Bajo el lema “prohibido olvidar”, el 30-S ha pasado a ser la mejor campaña *permanente* del correísmo. ●

Bibliografía

Correa, Rafael (2012).

Enlace Ciudadano del 29 de setiembre del 2012.
(2011). Discurso por el primer aniversario del 30-S. 30 de setiembre del 2011.
(2010a). Discurso en la Universidad de Illinois. 8 de abril de 2010.
(2010b). Discurso en el Palacio de Carondelet, 30 de setiembre de 2010.
(2010c). Entrevista por Telesur, 7 de octubre de 2010.
(2009). Discurso de posesión presidencial, 10 de agosto de 2009.
(2007). Discurso de posesión presidencial, 15 de agosto de 2007.

De La Torre, Carlos

2013 "El tecnopopulismo de Rafael Correa. ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia?" En: Latin American Research Review, Vol. 48, N° 1, pp. 24-43.

Dorna, Alexander

2003 La democracia... ¿un espejismo? Populismo, maquiavelismo, carisma. México D.F.: Lumen.

Echeverría, Julio

2010 "Complejización del campo político en la construcción democrática en el Ecuador". En: Transiciones y rupturas. El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX (coordinador: Felipe Burbano). Quito: FLACSO, Ministerio de Cultura.

Echeverría, Julio

2012 "Semántica de la Revolución Ciudadana". En: Rafael Correa: Balance de la Revolución Ciudadana (compiladores: Sebastián Mantilla & Santiago Mejía). Quito: Planeta.

Mayorga, Fernando

2012 "Bolivia: populismo, nacionalismo e indigenismo". En : <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20121119042609/QuedemocraciaenAmericaLatina.pdf#page=235> (revisado el 13 de octubre del 2013)

Movimiento Alianza País

2006 Spot publicitario. En: <http://www.youtube.com/watch?v=q-wtd8G57jl> (revisado el 16 de octubre del 2013).

Ortiz, Santiago

2011 "30-S: La vulnerabilidad del liderazgo de la Revolución Ciudadana y de la institucionalidad en Ecuador". En: Revista Íconos, N° 39. Ospina, Pablo (2011). "Ecuador: ¿Intento de golpe o motín policial?". En: Revista Nueva Sociedad, N° 231.

Pachano, Simón

2012 "RC - R'C' = 0". En: Rafael Correa: Balance de la Revolución Ciudadana (compiladores:

Sebastián Mantilla & Santiago Mejía). Quito: Planeta.

Paz, Juan & Miño Cepeda

2012 "El gobierno de la Revolución Ciudadana: Una visión histórica". En: Rafael Correa: Balance de la Revolución Ciudadana (compiladores: Sebastián Mantilla & Santiago Mejía). Quito: Planeta.

Ramírez, Franklin

2010 "Fragmentación, reflujo y desconcierto. Movimientos sociales y campo político en Ecuador". En: OSAL, N° 28, pp. 17-48.

Tibocho, Ana María & Mauricio Jaramillo

2008 "La revolución democrática de Rafael Correa". En: Análisis Político, N° 64, pp. 22-39.

Weber, Max

2007 La ciencia como profesión y la política como profesión. Madrid: Austral.

2002 Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Zepeda, Beatriz

2010 "Construyendo la nación en el siglo XXI: La "Patria" en el discurso del presidente Correa". En: Transiciones y rupturas. El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX (coordinador: Felipe Burbano). Quito: FLACSO, Ministerio de Cultura.